

EDUARDO MALLEA: *La mancha en el mármol*. Buenos Aires, Sudamericana, 1982. 351 p. , 13 x 19 cms.

La mancha en el mármol reúne once relatos (uno de los cuales da nombre al libro) escritos años antes de su publicación.

Eduardo Mallea se descubre en estos cuentos altamente preocupado por los problemas fundamentales del existir humano. La temática narrativa traspone los umbrales de nuestra realidad y penetra en el mundo de lo fantástico. Su lucidez intelectualista lo lleva a construir una obra estéticamente bien resuelta. Todos los elementos se apoyan en explicaciones donde predomina más lo ensayístico que lo narrativo.

El lenguaje empleado muestra a Mallea como el escritor que ha logrado mantener a través de su vasta obra una unidad de estilo y de vocabulario. El mismo ha declarado siempre la preponderancia de la experiencia literaria la cual no sólo se reconoce en la unidad temática de su obra sino en la presencia de un estilo personal como portadora del alma profunda del artista.

Cabe destacar también el manejo de las técnicas narrativas puestas al servicio de la expresión literaria. Sus personajes, por ejemplo, amigos de la delectación analítica y de la sagacidad psicológica, están signados por un carácter pasivo, carente casi de humor, agobiados por la necesidad de un auténtico sentido de comunicación. Esta actitud se traduce estilísticamente a través de un ritmo lento, reiterativo, pormenorizado. La caracterización nominal (Arquímedes, Electra) es también importante pues convierte a los personajes en verdaderos símbolos.

La temática de esta obra es variada y se halla comprometida con las diversas manifestaciones del sentir humano. El motivo de la muerte que seduce femeninamente aparece reflejado en una imagen del pasado remoto que signa el final del protagonista de "La mancha en el mármol". Una frase destacada en bastardilla por el autor nos anticipa el final trágico del relato simbolizando la actitud de evasión del artista, su pérdida de contacto con la vida atraído por lo imposible y la búsqueda de un absoluto fuera de la realidad cotidiana que lo lleva a un encuentro con la Nada.

“La llave” reitera la ornamentación suntuosa, el vivir de apariencias del motivo de la fiesta que apareció ya en *Fiesta en noviembre* de 1938. Se presenta, aunque no tan definidamente, la problemática que constituye el eje de la primera producción narrativa de Mallea: la dicotomía hombre visible, hombre invisible. El deseo de autenticidad, la búsqueda del hombre interior, son los temas que se perfilan en este relato donde los hermanos Toussault representan a través de gestos y actitudes una felicidad no vivida ciertamente. Ellos se reconocen, se reúnen luego de varios años sin estar juntos pero, en realidad se aíslan, aspiran a una comunión espiritual pero como priva la representación y la comedia no logran superar su soledad. Sus reuniones tienen escasa consistencia y en realidad sólo tienen sentido profundo para Arquímedes, ya que en la vieja casona de Tucumán encontrará el sentido último de su existencia. Vuelve adonde cree tener sus raíces para encontrarse con su Destino y morir.

La habilidad literaria de Mallea, su poder de síntesis y de penetración psicológica lo lleva a incursionar en el alma humana desarrollando, en breves líneas, temas muy propios: el de la incomunicación y el de la soledad tal como aparecen en “Biografía de una silenciosa”.

En “Raipur” nos presenta la figura del que da todo, alma generosa que representa ese “ánimo de donación” del que habla Mallea en *Historia de una pasión argentina*. En “La victoriosa”, el drama íntimo de la mujer abandonada y su orgullo desmedido que la lleva a aislarse de por vida. En “Matar a Cervano”, Zabalza, el asesino, se convierte en su propia víctima y el cuento en una aguda narración psicológica donde su protagonista realiza un viaje introspectivo a sus abismos más profundos y reconoce que su víctima es un muerto entre los vivos y se siente atrapado por su desesperada pregunta: “¿Quién, quién podía sentirse juez más alto que la víctima de sí mismo en contra de sí mismo que es cada victimario?”.

En “Esto sí que no podía esperarse” se establece una relación semejante pues el victimario no logra con su anónimo la autoafirmación o revitalización de su ser sino que, por el contrario, el terror ante su conciencia lo lleva al suicidio.

En “El hombre que silbaba” muestra Mallea una comprensión más honda de la condición humana al señalar la esencial unidad del ser: “uno no es el otro” concluye el autor después del fracasado intento de Nira por imponer a su esposo (“cuyo silbido era su ser”) su propia forma de existir.

Hay un permanente planteo de los problemas más radicales del alma humana donde convergen una multitud de fuerzas contradictorias tendientes a conformar un perfil del hombre inmerso en un mundo cuyos valores se han tergiversado.

En "Sirdiliamos el artífice" la fama embriaga al protagonista pero también lo aprisiona planteando hacia el final del relato la disyuntiva de que tal vez la mejor creación artística sea la mayor falsificación de lo Inimitable. En "La espiral" desarrolla los temas de la alienación y la opresión social. "Relato dejado por el huésped" nos muestra una visión nietzschana de la vida que lleva al personaje principal al vacío final del suicidio.

Los relatos de este volumen conducen a una meditación profunda sobre la aspiración del espíritu humano, transmitiendo así el deseo de una "exaltación severa de la vida" como norma de creación.

Gloria Hintze de Molinari